

JUAN FÉLIX SÁNCHEZ

Ha muerto Juan Félix. Ha voceado la noticia la neblina del páramo, que se ha empinado sobre las montañas para gritarla a los cuatro puntos cardinales. La han llevado sobre sus alas el cóndor de Mifafí y el águila de Mucumpate. La han susurrado quedamente el quitasol y el cínaro, el aceituno y el frailejón de los altos páramos. El filo del Tisure y la cascada del Leñatal han retorcido su dolor de huérfanos, llamando a voces al viento para que les acompañe en su duelo.

Juan Félix ya está frente a la verdad, la que él tantas veces quiso conocer. Ya sabe que sí son verdaderas tantas cosas buenas que él pensó que el cielo le iba a ofrecer. El supo encontrar la belleza escondida de las cosas feas, la que Dios puso en los seres humildes y que sólo aprecian los que tienen la mirada limpia de los ojos divinos. Se apartó de la senda común de los marchantes del arte y de los tasadores oficiales de precios, para transitar el camino abierto del arte genuino, el que brota del corazón y de las manos transparentes. Sus tallas de madera del Calvario, escapadas del arte románico, se retorcerán en silencio místico, recordando el momento en que les dio vida perdurable. Las lajas de la capilla del páramo acecharán expectantes cada pisada, recordando el paso cansino del que les regaló la simetría de lo infinito.

F. Javier Duplá

¿Por qué se morirán los grandes hombres? ¿Por qué no perdurarán para siempre como los riscos y las altas cumbres, desafiando el paso del tiempo y la mal-

dad de la raza humana? ¿Por qué no se enraizarán en las breñas como la encina retorcida, que desafía los aguaceros y los días y sale airosa del embate de las torrenceras? Juan Félix se ha desmoronado por los años y las fatigas, porque su corazón valiente no resistió más. No quedará entre nosotros su cuerpo achacoso y cansado de luchar, pero sí permanecerá su espíritu, su ánimo, su talento emprendedor y artista, su alegría y su buen humor. La sordera de los últimos años no le impidió escuchar los sonidos del silencio de Dios. La vista que se le agotaba con el pasar del tiempo no le dificultó contemplar el resplandor de la belleza y de la bondad, dondequiera que se le manifestaran. Y se le mostraban constantemente en la naturaleza y en los hombres, en lo cotidiano y en lo extraordinario, en el ánimo de los que se esfuerzan por enseñar teatro a los niños parameros, y en el trabajo callado y cotidiano del que lucha por lograr el bienestar real de la gente sencilla.

Juan Félix fue un campesino, fue un hombre del pueblo que escaló por sus propios méritos posiciones muy elevadas en la vida nacional. Le admiraron presidentes y gobernadores, pero él no se inmutó. Le halagaron políticos y gente de la cultura, pero él siguió siendo una persona humilde. Le dieron muchos premios, pero él prefirió permanecer en contacto con su propia verdad, con la verdad de su sensibilidad y su arte, de sus tradiciones y de su gran fe en Dios y en la Virgen.

En muchos puntos de la geografía nacional ha enmudecido por unos instantes la algarabía atropellada y se ha elevado el homenaje del recuerdo cariñoso y de una oración reverente. Juan Félix seguirá vivo por mucho tiempo entre nosotros, mientras haya personas desprendidas y generosas, alegres de descubrir la presencia de Dios en cada ser. Porque Juan Félix fue eso, nada menos que eso: la presencia del Señor Jesús, disfrazada de campesino bueno. □

F. Javier Duplá es jesuita, licenciado en Educación, profesor de la UCAB, investigador de CERPE.

Juan Félix con el autor de estas líneas

